

El Pasado
V́ctor Palomo

GANADORA DEL XII PREMIO NACIONAL DE NOVELA
“IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO”

- © Víctor Palomo Flores
- © Gobierno del Estado de Coahuila de Zaragoza
- © Secretaría de Cultura
- © Secretaría de Cultura de Coahuila

Edición: Alejandro Beltrán

Portada: Luis Sergio Rangel (Máscara)/Mucho Diseño

Fotografía: Alejandro Pérez Cervantes

ISBN:

Impreso y hecho en México. Saltillo, Coahuila de Zaragoza, 2020

Este programa es público ajeno a cualquier partido político.

Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020.

A Cynthia, porque sin ella
no hubiera sido posible terminar esta novela.

A Elena, Iván y Carlos,
por su paciencia en la distancia.

A Jesús Valdés, *in memoriam*.

*Comprendo que tus besos jamás han de ser míos,
comprendo que en tus ojos no me he de ver jamás...*

MANUEL ACUÑA



Plaza Santo Domingo.

La mañana del 10 de diciembre de 1873, Manuel Acuña recibió una de las honras fúnebres más fastuosas de la época. Un cortejo de más de cien carros siguió su cadáver desde las puertas de la Escuela de Medicina hasta el panteón del Campo Florido, en la Ciudad de México.

Prefacio

10 de diciembre de 1873

Ciudad de México

A las nueve de la mañana se levantó de la ex capilla de la Escuela de Medicina el ataúd con el cuerpo del estudiante Manuel Acuña Narro. Seis alumnos flanquearon la caja de zinc, tomaron la carga por los costados y se dirigieron por el corredor hacia el patio central. En alguna de las celdas del fondo, alguien echó las últimas vueltas de llave a un cerrojo. Los representantes del Círculo de Obreros bajaron las escaleras para unirse a la comitiva que presiden los maestros y compañeros del suicida. Una masa de bombines en torno al ataúd llega a la salida del ex convento de Santo Domingo. Una pequeña multitud se compacta alrededor del féretro. Los estudiantes traspasan el umbral. Ahí, tras un leve respiro, se llevaron la carga a los hombros y se echaron a andar por la calle de la Cerca de Santo Domingo. Desde el fondo de la calle de Cocheras se desprende un rumor de espuelas y cinchos. Un vientecillo metálico recubre los arneses en los hocicos de las bestias. Los seis compañeros que llevan el ataúd llegan al punto entre el templo de Santo Domingo y la plaza Del Gallito. De un lado, cerradas las puertas de la iglesia; del otro, las carpas del Gran Circo Americano.

El cortejo sigue su marcha. Los compañeros caminan rumbo a la calle de Pila Seca. De la Plaza de Santo Domingo ha salido el barritar de un elefante de Zanzíbar. Bajo los arcos de la plaza, los evangelistas han cerrado sus escritorios. Los más han echado llave a sus cajones para seguir a la pequeña multitud. De entre las carpas aparecen dos enanos vestidos de frac con un ramillete de azaleas cada uno entre sus manos. También han de seguir al cadáver.

Frente a la Aduana, restallan los látigos sobre el lomo de las bestias. Los vendedores de musgo, heno, pelo de ángel y figurillas rojas para

los pesebres están tendidos sobre la acera. Han cubierto la mercancía con mantas y miran curiosos aquel estrépito de arres. El cuerpo sin vida de Manuel Acuña va llegando, por Pila Seca, a la Calle del Esclavo, alejándose para siempre de aquella casona que un día albergara a la Santa Inquisición; su Escuela de Medicina, en la que hasta hace unos días ocupara la celda número dieciocho, en el segundo patio del internado.

En una tienda sin adornos, Lorenzo Maya ensaya su gran acto de magia.

Un día antes, martes nueve, a las tres y cuarto de la tarde, se presentaron ante el juez primero del Estado Civil de esta capital los señores Agustín F. Cuenca y Antonio Coéllar y Argomaniz, de tantos y tantos años cada uno, quienes fueron testigos de la declaración del periodista Juan Barbero, que manifestó, en pleno uso de sus facultades, que: “el día seis del presente mes, entre doce y una del día falleció de asfixia en la Escuela de Medicina el ciudadano Manuel Acuña, cuyo cadáver será inhumado en primera clase en el cementerio del Campo Florido”.

El *Diario Oficial* publica este día un aviso de los funerales. *El Federalista* imprime la última colaboración de Acuña para ese periódico. Por la tarde, la Sociedad El Porvenir, en sesión extraordinaria, acordó por unanimidad escribir una biografía del poeta y nombró una comisión para el caso; quedó establecido que cada seis de diciembre se lleve a cabo una ceremonia solemne en memoria del dicho socio. Antes de terminar, se cantó el himno de aquella sociedad, escrito por éste del que se habla.

A las diez de la noche de ese mismo día se cerró la colecta del Liceo Hidalgo para sufragar algunos gastos de los funerales, llegando la suma de lo recolectado a los 221.00 pesos, cantidad que quedó a cargo del señor Agustín F. Cuenca, de tantos y tantos años, como ya se dijo.

Por Pila Seca, el cortejo entró a la Calle del Esclavo. Llegó a la esquina de Manrique y Santa Clara. Ahí, nuevos compañeros recibieron la carga. Se detuvieron un instante. Cruzaron las manos, una sobre otra. Tomaron la caja de zinc y dieron un paso, y otro, y otro más... Siguieron su camino por San José del Real. Una mujer arrastra a sus hijos debajo de un rebozo turbio y descolorido en sentido contrario al duelo. Detrás de ella, una anciana de ojos blancos se persigna y extiende la mano cenicienta entre el gentío. De los cafés de las calles del Arquillo y Cinco de Mayo han salido algunos clientes. Se aproximan a las aceras. Una joven de guantes negros, tocada de sombrero de raso y satín, descubre su tápalo y mira por la escotilla de un coche; aquel cortejo le cierra el paso. Las puertas de La Profesa están cerradas. Enfrente, los trabajadores del Café de La Concordia han hecho una larga fila afuera del local. Dos camareras cargan una corona de flores que depositarán en alguno de los carruajes del fondo.

El cadáver da vuelta en la 3ª de San Francisco. Las cuatro esquinas se han llenado de curiosos. De la plaza de Santo Domingo están saliendo los últimos coches, y el último, *el carro fúnebre más elegante de la ciudad*.

En su carpa, Lorenzo Maya destapa una botella de aguardiente.

Dos días antes, lunes ocho, se reunió el pleno del Liceo Hidalgo para cumplir con “una de las últimas disposiciones del poeta”. Francisco Sosa propuso que se imprimiera un volumen con la totalidad de las poesías de Manuel. Para el efecto se nombró a los señores Agustín F. Cuenca y Juan de Dios Peza responsables de reunir los trabajos que deberán entregar a José Tomás de Cuéllar. El presidente y otros integrantes de la mesa han pedido a los jóvenes que se tenga especial cuidado en revisar todos los álbumes de las señoritas a quienes el poeta hubiera dedicado algunos de sus versos, y solicitar “permiso y gracia para que sean transcritos y publicados por esta sociedad”.

Ignacio Manuel Altamirano se comprometió a escribir un prólogo para la primera edición. Guillermo Prieto sugirió abrir una colecta “para

ofrecer alguna compensación a los deudos que deja el señor Acuña en la ciudad”. Por último, se nombró a los representantes de aquella asamblea que velarían esa noche el cuerpo sin vida del poeta, quedando enterados y satisfechos los socios Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez y Vicente Riva Palacio.

Son las diez en punto de la mañana. Hay un barullo en el aire que se apaga de inmediato. De los seis que llevan el peso, uno ha tropezado: el ataúd resbala sobre sus hombros. Ha estado a punto de caer. Alguien ha salido de entre la gente para ayudar. Es Juan de Dios quien sale de ahí sin creer lo que está pasando. Santiago es el nombre del que ocupa su lugar. Todo se sustituye. Todo vuelve a acomodarse. El cortejo reanuda su marcha. De los altos de la calle de Plateros asoman las cabezas de los relojeros de la ciudad.

El cortejo da vuelta en la esquina de San José del Real y San Francisco, para detenerse una vez más frente al Hotel Imperial. La multitud vuelve a compactarse. Un ballet de bombines desde el aire: una galería de zapatos por el piso. Se agolpan los caballos que vienen detrás. Todo se confunde. Sigue el ataúd por los aires de las calles de San Francisco al frente de una hilera de coches de toda clase. Dentro de uno de ellos, Ignacio Ramírez observa gravemente a Vicente Riva Palacio quien, en silencio grave, observa el grave silencio de Ignacio Manuel Altamirano.

Tres días antes, el domingo siete, los doctores Luis Hidalgo Carpio y Juan María Rodríguez, integrantes de la comunidad médica de esta ciudad, en presencia del médico de cárceles, Francisco Becerril y el licenciado Gaxiola, juez 6º de lo criminal, representantes de esta municipalidad, realizaron todos los procedimientos químicos necesarios

para precisar la naturaleza del veneno y la cantidad ingerida por el suicida. Los resultados de todos los análisis arrojaron que el veneno ingerido por Manuel Acuña Narro fue cianuro de potasio; que el estómago y el frasco encontrado en el cuarto del estudiante contenían ambos la misma sustancia, que pudo haber ingerido hasta dos dracmas, cantidad letal por naturaleza, sobreviniendo la muerte por asfixia y paro cardiorespiratorio entre seis a ocho minutos después de ingerido el activo. Al calce del acta, el licenciado Gaxiola anexó de su puño y letra la siguiente nota:

Sobreabundando las pruebas del suicidio, no creyó el Juzgado necesaria la autopsia del cadáver, y sólo quiso saber cuál era el veneno empleado: por otro lado, los estudiantes compañeros del señor Acuña y sus numerosos amigos querían embalsamar el cadáver para conservarlo, lo cual habría sido imposible si se hubiera practicado la autopsia; así que los peritos, por estas consideraciones se limitaron a buscar la relación entre el contenido del frasquito que recibieron del Juzgado y el contenido del estómago del cadáver; buscando además los signos exteriores que de ordinario presentan los de las personas muertas por los compuestos cianúricos.

El cortejo cruzó la 2ª y la 1ª de San Francisco y llegó a San Juan de Letrán. En la plaza de Guardiola, la banda de música del Círculo de Obreros espera al cadáver. Ejecuta a su paso una marcha. Ahí, los cargadores se relevan una vez más. Ahora son los gacetilleros de *El Federalista* y del *Siglo Diez y Nueve* quienes se hacen cargo del ataúd. Dan vuelta al sur, hacia Salto del Agua.

Las calles de San Francisco son toda una procesión de calesas, calecillas y simones. Por la de San Juan de Letrán se van abriendo los balcones: se recorren los visillos, se asoman las cabezas. Arriba: señoritas en las ventanas, caballeros en las azoteas, sujetándose de alguna barandilla. Abajo: jinetes sombríos que recorren la larga fila de coches saludando aquí, deteniéndose allá, a veces sólo para dar algún informe; otras, para informarse de algo. Arriba, una postal de balcones y remates de encaje, flores de luto y zapatillas. Abajo: una hilera florida de carretones.

El cortejo llega a Salto del Agua. El carro fúnebre, que hasta entonces ha sido el último de la procesión, cruza la calzada de Letrán en dirección al féretro. Como si tirado por fantasmas, un silencio espantoso lo atraviesa; como si seguido del demonio, todo a su paso se silencia.

En Salto del Agua, la caja de zinc pasó al coche funeral. El barón Gostkowski, jinete en solitario, de riguroso luto, se ha acercado para observar que todo se realice correctamente, que a nadie le tiemblen las manos. No. Esta vez nadie ha titubeado. El ataúd no resbaló y ocupó su lugar en la carroza, que se echó a andar por los Arcos de Belén hacia el Campo Florido.

Vuelven a estallar los látigos. Se escuchan los arres. Se ladean los sombreros. Sopla el viento helado del Norte. Se persignan las señoritas. Se cierran las ventanas y los balcones de San Juan. Vuelven a descorrerse las cortinas de los comercios de Letrán; y en la proximidad del mediodía llega hasta ahí el estupor de un eco de campanas.

Cuatro días antes, el seis de diciembre de 1873, Manuel Acuña despertó más temprano que de costumbre. Abrió los ojos y se quedó un rato recostado, mirando hacia la nada. Se levantó del camastro y encendió el aceite de la estufa. Con la misma cerilla prendió una vela enterrada en una botella sobre la mesa. La llama iluminó la estancia. Manuel puso encima de la estufa una olla de peltre con el café de la noche anterior. La luz descubrió sobre la mesita dos cartas escritas en el insomnio de la madrugada. Había dormido apenas unas horas. El reloj que le había regalado su padre marcaba diez para las cinco. Encendió un cigarro con el fuego de la vela y volvió al camastro.

Hirvió el café. A las cinco en punto volvió a levantarse. Tomó dos tazas mientras se cambiaba y terminaba de repasar las ideas. Puso las cartas en sobres y escribió un destinatario en cada uno. Pasaron las horas. Minutos antes de las nueve salió de la Escuela y se dirigió a los baños del Coliseo Viejo; pagó un baño turco. Estuvo ahí poco más de

una hora. Más tarde, compró algunas cosas en la droguería de La Profesa. Luego desayunó en el café del Arquillo. Le dijo a don Manuel que se iba. Que estaba de viaje. Que le agradecía mucho haberle esperado tanto tiempo con aquella cuenta pendiente. Luego se quedó contemplando el cuadro en el que Francesca ardía desnuda en las llamas del infierno.

Al salir del local, volvió la vista hacia el Teatro Nacional. Escuchó que alguien lo llamaba. No. No era nadie. Imposible. No podía ser nadie. Se dirigió entonces al número 10 de la calle de La Perpetua, a los talleres de *La Nación*. Entró hasta galerías y saludó a Gustavo Baz, quien corregía las pruebas de *Relatos del infinito*, de Camile Flamarion. Hablaron un poco. Tomaron café. Acuña le dijo que se iba, que estaba de viaje. Baz pensó en una larga travesía hacia el norte del país, en los días de camino que eso significaba, en un aire helado y desconocido.

—¿Por fin con los tuyos? —preguntó Gustavo.

—Sí, con los míos —respondió Manuel.

Se despidieron, y en el abrazo, Gustavo sintió una energía que no había visto en Manuel.

Poco antes del mediodía regresó a la Escuela. Entró a su habitación y escribió dos cartas más: una para su madre y otra para su compañero Gerardo Silva. Encendió un nuevo cigarrillo. Después de leerlas una vez más, colocó cada carta en un sobre. Escribió una última, para el doctor Manuel Domínguez, profesor y prefecto de la escuela, era apenas un breve mensaje de despedida. Luego salió al patio.

A su madre le confesaba, lo más suave posible, algunas de sus muchas angustias; la llenaba de besos y le pedía llevarlo en la memoria como “el hijo que tanto la amó”; a Silva, hacer llegar a sus respectivos las cartas que dejaba, que entregara algunas cosas de su cuarto a Antonio Coéllar, “compañero y vecino de celda”, y que tratara de recordarlo “como el más fiel de sus amigos”. Al prefecto le solicita “encarecidamente” que interceda por él ante el director y le disculpe por lo que está a punto de hacer. Le pide, además, ver por todos los medios que no le practiquen la autopsia. Especifica el veneno y la

cantidad exacta que ha ingerido; le describía luego “las reacciones posteriores que vendrán en mi organismo”. Le detalla el método para conservar su cuerpo. “No permita usted que despedacen mi cadáver”, y terminaba como “su incondicional discípulo, admirador y amigo”.

Finalmente, poco antes de la una encendió la bujía de su cuarto y escribió sobre un trozo de papel:

Lo de menos sería entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pues no creo que le importe a ninguno, baste con saber que nadie más que yo mismo es el culpable.

Después, bebió el activo.

Al día siguiente, día siete, a las siete de la mañana, el licenciado Hidalgo y Carpio, en presencia de las autoridades de la escuela y otros testigos, levantó el acta correspondiente:

Los infrascritos, profesores de Medicina y Cirugía Certifican: que con la asistencia del médico de cárceles, profesor Francisco Becerril, y en presencia del señor Juez 6º de lo criminal y su secretario, procediendo a dar cumplimiento a la orden judicial de fecha 6 del corriente, en el anfiteatro y en el laboratorio de cátedra de Medicina Legal de la Escuela de Medicina de esta capital. Habiendo advertido desde luego la excesiva rigidez del cadáver, diez y nueve horas después de la muerte, la lividez que había no sólo en las partes declives de la cabeza, tronco y miembros, sino también en las laterales superiores, y además, y muy principalmente, el olor francamente cianico del líquido que por medio de la bomba aspirante a propósito extrajeron del estómago del cadáver de don Manuel Acuña, del agua de lavadura de dicha entraña y del líquido contenido en el frasco tapado y sellado que remitió el señor Juez, sospecharon que la sustancia que tenían que buscar fuera un compuesto cianico; [...] De esta serie de pesquisas resulta: que el líquido extraído del estómago del cadáver de don Manuel Acuña y el del frasco remitido por el juzgado,

contenían uno y otro cianuro de potasio; una de las sustancias más venenosas que se conocen.

México, siete de diciembre de Mil Ochocientos Setenta y Tres.
L. Hidalgo y Carpio
Juan María Rodríguez

Unas horas más tarde, el cadáver fue conducido a la ex capilla de la Escuela.

El carruaje funeral y los primeros coches llegaron al Campo Florido media hora antes del mediodía. La capilla del cementerio se encuentra cerrada. El carruaje traspasó la reja y condujo a los dolientes a pocos metros de una tribuna de madera, frente a una fosa abierta, todo debajo de una pequeña carpa. Había dispuestas unas treinta sillas en medialuna que se ocuparon casi de inmediato. La caja de zinc se colocó sobre un pedestal hecho entre la fosa y la tribuna. Luego, los oradores fueron tomando su turno: Justo Sierra primero; Gustavo Baz, Agapito y Gerardo Silva, después; José Rosas Moreno y así, hasta más de una veintena que les siguieron en la palabra. Al final, el joven Juan de Dios Peza, a nombre de los “íntimos”, brindó la última despedida al amigo. No se habían apagado bien a bien los discretos pero emocionados aplausos, ni deshecho del todo el nudo en la garganta del joven Juan de Dios, cuando pudo escucharse otra voz sobre el estrado:

¡Dejó de ser! ¡Incomprensible arcano!
Quiso morir al comenzar la vida,
y de su propia mano,
surgió la muerte y le erigió en suicida.

Era don Julián Montiel y Duarte, de cuarenta y tres años, empresario teatral y vecino de ésta. Abajo, el sepulturero pregunta si alguien desea ver por última vez el cadáver. Ha habido una última procesión. Arriba, don Julián se pregunta:

¿En dónde está la luz? ¿En dónde el derecho
con que el hombre infeliz se precipita,
y viendo el mundo a su ambición estrecho,
antes de que el hado de vivir excluya,
la vida que no es suya
loco o audaz sin compasión se quita?

El enterrador selló el ataúd. Enseguida las correas y cuatro hombres hicieron su trabajo. Después de una docena de versos de tono afectado y antes de que la caja tocara el fondo de la fosa, el señor Duarte solicitó la adopción del hijo que Acuña dejaba en la orfandad:

Yo no he venido a prodigarte flores,
que lleno está mi corazón de hastío,
yo te vengo a ofrecer, público sea,
por si se adopta mi amistosa idea
que tu niño infeliz, sea hijo mío...

Después, todos buscaron la salida. Muchos se habían ido ya. Sólo entonces alguien preguntó a Silva de qué se trataba todo aquel alboroto del señor Montiel. Silva, sin más expresión que la del cansancio, contestó:

—No es necesario que este buen hombre se moleste. Manuel lo ha dejado todo arreglado.

No, no iba a ser necesario que don Julián se molestara: el hijo de Manuel Acuña moriría de bronquitis aguda treinta y siete días más tarde, el 17 de enero, a los tres meses de nacido, en la calle Zuleta número 10, domicilio familiar de Agustín F. Cuenca, de tantos y tantos años, como ya se dijo.

Ese mismo día, a las siete de la tarde, el Gran Circo Americano comenzó su segunda gran temporada en la Ciudad de México, en la Plaza de Santo Domingo.

Capítulo I
El Campo Florido

*La tumba sólo guarda un esqueleto,
mas la vida en su bóveda mortuoria
prosigue alimentándose en secreto.*

MANUEL ACUÑA



Salto del Agua.

Juan de Dios

En el Campo Florido quedaron dos iniciales sobre un ladrillo sin adornos. Luego siguió la vida. Y como cada temporada, sobre las plazas se tendieron los orfebres y los artesanos: las burritas de papel, los pesebres de madera, el heno y el musgo llenaron las aceras: diablos de barro, vírgenes de cera, el hechizo de los milagros, goteras, cuentas de vidrio, ojos de venado, palo santos. Los periódicos anunciaron los próximos estrenos en los teatros Principal y Nacional, las posadas del Tívoli de San Cosme: “Reserve sus lugares”. Pomadas milagrosas, tónicos contra el insomnio, masajes rejuvenecedores, vapores contra el agotamiento, elíxires contra la embriaguez; deseaban Feliz Año Nuevo a sus clientes y amigos. Eso y la exposición de fieras del Gran Circo Americano en la plaza Santo Domingo.

En el *Siglo Diez y Nueve*, la dulcería El Águila de Oro ofreció promociones especiales: “Todo para sus posadas y Noche Buena con vinos de Burdeos, Borgoña, Champaña, Coñac, Etc.”; “Carlota Serrano y Ángel Serrano solicitan colocación, la primera de costurera o ama de llaves, y el segundo de caballero. En la calle de Chiquis número 14 darán razón”. A. ARGANDAR —corredor— “Vende varias fincas urbanas. Una hacienda en los Llanos de Apam. Tiene dinero para imponer sobre buenas fincas. CAMBIOS MERCANCÍAS Y COMISIONES. Calle de las Ratas número 9. México”.

En páginas de *El Federalista*, La Profesa, droguería, pone a la venta sus específicos contra la sordera y la embriaguez: pueden buscarse en el número 5 de la misma calle de La Profesa. Según *El Búcaro*, en el número 28 de Santa Clara se fabrican tarjetas para Año Nuevo. Las Cien Mil Camisas, ropa para caballeros, establecimiento ubicado en la calle de Palma número 13, “el más antiguo y acreditado de esta ciudad”, pone a disposición del respetable “un surtido completo de toda clase de ropa interior. NOTA: —Se hacen camisas a la medida”. Y entre la

bisutería de aquellos avisos y remedios de botica, entre los gacetilleros de los periódicos liberales y conservadores, se desató una guerra de declaraciones a propósito de los funerales que acababan de suceder. Sólo dos días después de la manifestación en el Campo Florido, desde *La Voz de México*, alguien preguntó si aquello había sido una ceremonia luctuosa, un acto político, un evento literario o una manifestación anticlerical. Al día siguiente, los amigos de Acuña respondieron desde las columnas del *Siglo Diez y Nueve* estar “resueltos a defender en todo tiempo, en todo lugar y de todas las maneras, aun del más insignificante reproche” al poeta.

Cuatro días más tarde, José Joaquín Terrazas, director del diario católico, escribió un extenso artículo que, entre otras cosas, decía:

Nosotros nos hemos limitado a maldecir ese crimen, y estamos en nuestro derecho de juzgar al literato, como escritor público. Otros, los que se han propuesto casi divinizar al joven Acuña, son los que han violado realmente el secreto de su vida, alzando indiscriminadamente el velo de sus pasiones y necesidades.

Una semana antes de navidades, Juan Antonio Mateos publicó en *El Radical* un eufórico texto que defendía el derecho a la libre opinión de una jovencita y denostaba acremente la actitud de Acuña frente a “los dolores de la vida”. La jovencita en cuestión era Concepción García, integrante del Club Literario El Ramillete de Flores. En una de las frecuentes reuniones de este círculo, la muchacha había presentado un ensayo contra el suicidio: en él, recriminaba el terrible acto que Acuña había cometido al “asesinarse a sí mismo”:

Con que, pacientes, sed más racionales y no sigáis el ejemplo del desgraciado Acuña, que tan terrible pesar ha dado a su adorada madre y buenos amigos. Id mejor a dejar el *spleen* en el seno de vuestra madre, que siempre os recibirá con maternal amor, y disipará con caricias el dolor que nubla vuestras frentes.

Javier Santa María escribió un día después la “Crónica de la velada” para *El Federalista*:

[...] Gran petulancia se necesita para que una joven sin sociedad, sin conocimientos y cuando todavía no acaba de jugar a las muñecas quiera parecer autora de un artículo que se trata de uno de los actos del hombre sobre el cual no han podido fallar aún los sabios.

El día 24, las páginas de *El Siglo* volvieron a llenarse con opúsculos a la memoria de Acuña. En la sección de “Variedades” se reprodujo el discurso de Gerardo M. Silva dado en un acto de El Ramillete en memoria de Acuña, precedido por el artículo de Mateos, tomado de *El Radical*, que tanto había dado de qué hablar.

El 31 de diciembre, el *Siglo Diez y Nueve* inserta en su primera página un aviso de su propietario, D. Ignacio Cumplido:

A LOS SEÑORES
MIS CORRESPONSALES
Y AL PÚBLICO

Tengo el honor de participarles que desde el día 1º de enero próximo, mi establecimiento tipográfico queda al exclusivo cargo del LIC. D. TIBURCIO MONTIEL, á quien se lo he dado en arrendamiento, lo mismo que mi periódico *EL SIGLO XIX*. En consecuencia, mi referido establecimiento girará en lo sucesivo bajo el nombre de TIBURCIO MONTIEL, el cual se entenderá con todos los negocios relativos á la negociación, siendo por consiguiente, él solo responsable de ellos.

Asimismo les participo que la casa continuará como siempre, desempeñando todos los trabajos que se le encomendaren, con el mismo esmero y eficacia á que el público está acostumbrado.

IGNACIO CUMPLIDO

Así terminaría aquel 1873. Durante ese mes de diciembre, sólo en la prensa capitalina se publicaron más de un centenar de artículos, versos y otras composiciones dedicadas a la muerte de Manuel Acuña.

Pero la vida continuó, decíamos. Pulque, mezcal y leperadas ayudaron a la llegada del año nuevo y el primer día de éste, *El Porvenir* publicó la siguiente gaceta:

La Paz, periódico que se publica en Saltillo, dice lo siguiente respecto a la familia de nuestro desgraciado amigo Manuel Acuña: “Algunos diarios de la Capital han expresado que la familia Acuña quedaba en estado de extrema miseria; esto no es exacto: dos hermanos de Acuña, algo más jóvenes que él, laboriosos, honrados y dedicados al giro del comercio, sirven de sostén a esta numerosa familia y aumentan un escaso, pero honroso patrimonio que les legara su padre.

Eso hizo que Juan de Dios pensara en visitar la tumba del amigo en el Campo Florido; y así fue, días más tarde.

Era jueves. Juan de Dios salió temprano de su casa antes de que su madre pudiera adueñarse de la cocina y con ello, del control de entradas y salidas de la casa. A grandes trancos, lleno de energía, llegó a desayunar al establecimiento de la calle del Arquillo. Hacía quién sabe cuánto que no volvía por ahí. A don Manuel le dio mucho gusto verlo. Se desvivió en atenciones sin distraer con exagerados rituales las cavilaciones del muchacho. Juan de Dios salió de ahí después de un par de tazas de café y caminó unas cuadas. Ni siquiera se había interesado en preguntar sobre la navidad o la noche vieja de don Manuel. Se detuvo en una tienda a leer los titulares de los manojos de periódicos del día. Nada le pareció extraordinario. Al poco rato caminaba hacia Salto del Agua. Un par de calles bastaron para que las pulquerías de Letrán fueran abriéndose a su paso. Nada le decía que aquel fuera un día distinto a cualquier otro. Se detuvo. Recargado en algún muro, encendió un cigarro. Quizá sólo quería ganar un poco de tiempo, darse una salida.

Encontrar una excusa para volver más tarde; que sucediera algo para venir otro día.

No. Todo le daba la misma impresión. Nada había cambiado. Sólo algunos estudiantes fugitivos de las aulas conservaban esa renovada energía, pereza e insensatez. En eso estaba, entre los callejones enhiestos de San Jerónimo. Todo seguía igual. Siempre había sido así. Desde ahí, Juan de Dios podía escuchar la fuente del Salto del Agua y el conocido gritillo de los aguadores: el agua dando tumbos dentro de los cántaros. Podía ver también los arcos del mercado. De la cantina de la esquina salió un hombre. Un hombre vestido de manta y clavado a la coronilla un ancho sombrero de palma. Iba sosteniéndose de la pared con una mano, hasta darse impulso y seguir andando. Llegó así hasta los arcos del mercado. Tomó a un niño de la mano, un niño de unos ocho años que le esperaba sentado sobre la cuneta de piedra. Cruzaron la calle hacia la fuente y se perdieron entre los Arcos de Belén. En esa misma esquina por donde habían cruzado, se encontraba una anciana más bien bajita, delgada hasta los huesos, envuelta en un rebozo desteñido que le cubría de la cabeza hasta los pies, que sobresalían de entre las últimas hilachas del vestido. Eso lo volvió en sí.

Juan de Dios decidió continuar su marcha. La anciana seguía allí. Dejó San Jerónimo y se adentró en la boca techada de los arcos. Caminó en dirección de la vieja y al estar frente a ella, le pareció que era mucho más grande de lo que hubiera pensado. El rostro era un amasijo de piel curtida por interminables y pequeñas arrugas que se hundían en la frente, en las mejillas, los pómulos, el mentón, debajo de los ojos. Un rostro casi negro de tan cenizo y una expresión inmóvil, de pie en esa esquina, mirando ciega la vieja capilla de la Inmaculada Concepción de María, justo enfrente. A Juan de Dios le hubiera gustado echarse un poco de agua en la cara, beber un trago, refrescarse un poco la garganta. Pero la fuente estaba repleta de aguadores que rellenaban sus vasijas y de gente de todo tipo: mujeres adustas de enormes caderas y más grandes enaguas con canastos; niños, perros y gorriones, y la imagen de la anciana. Nunca le había parecido más clara el agua de la fuente. Nunca antes había

tenido tampoco tanta sed. Sin embargo, siguió su camino. Dio vuelta en Arcos de Belén. Cruzó los arcos y anduvo hasta llegar a la calle que va directo al cementerio.

Apenas dio vuelta, pudo ver el portón de hierro negro, retorcido a martillo y tan alto como la capilla de Nuestra Señora de Dolores que preside el cementerio: el Campo Florido. Caminó sin pensamientos. Apenas traspasó el umbral el aire le pareció más fresco y agradable que el de las calles que había andado, llenas del humo de los anafres de las mujeres del mercado. La sed se le apagó en los labios secos. Se echó a andar por el amplio corredor flanqueado de abetos y ahuehuetes. Se cerró el abrigo. A los pocos pasos comenzó el singular desfile de lápidas y mausoleos familiares. Conjuntos mortuorios con el Jesús crucificado mirando a un cielo imaginario; el llanto de piedra de una dolorosa consolada por un par de regordetes querubines. Las más de las tumbas, sin embargo, eran sólo lápidas tendidas a ras de piso, con apenas un nombre y un par de fechas pintadas a mano. Había también pequeñas tapias de argamasa resquebrajadas, sin nombre ni apellido. A Juan de Dios la sangre se le fue de los labios. Le costó un poco de trabajo dar a las primeras con la tumba donde tres meses antes había dejado al amigo. El Campo Florido estaba solitario y sólo se escuchaba el gorjeo repetido de los zanates, esos parientes pobres de los cuervos. Se entretuvo leyendo alguna de las inscripciones. Dio un largo rodeo por un andador en el que nunca había estado. Tras quince minutos supo que estaba cerca: algo se lo dijo. Por fin pareció reconocer el sendero que había tomado el cortejo aquel día.

Lo primero que le extrañó fue ver una tumba más bien limpia. Alguien había cortado la hierba de alrededor, barrido la hojarasca de los árboles y las flores muertas que se acumulan por lo regular en estos sitios. Algo había cambiado. Tenía esa impresión. Por un instante se sintió traicionado por la memoria. No recordaba el conjunto de piedra caliza

a unos centímetros de la cabecera de aquella tumba. Iba a girar en redondo cuando se topó con el nombre de Manuel inscrito al pie de una cruz de hierro que se levantaba de entre un montón de piedras. Dio un paso atrás para cerciorarse:

Manuel Acuña

1849-1873

...decía en una laja de marmolina clavada al piso de la tumba.

Juan de Dios sacó un cigarro. Pensó que alguna de las sociedades a las que Manuel pertenecía habría sido la autora de las modificaciones. El Círculo de Obreros, el Liceo Hidalgo o El Buen Tono. Pensó en todas. Encendió su cigarro. Pronto cayó en la cuenta que en aquellos últimos días había visto a muchos de los integrantes de esta y aquellas sociedades; que había asistido a las sesiones tanto de unas como de otras y nadie le había comentado algo al respecto de instalar el breve homenaje. Exhaló el humo levantando la barbilla, quizá demasiado. Sí, una de las cosas que más se proponían en aquellas reuniones sociales era, precisamente, erigir un monumento en aquella tumba. El aroma del tabaco se mezcló con el que hay de natural en esos sitios. Eso le gustó.

En eso estaba. Se habían hecho toda clase de propuestas para recabar los fondos. Un grupo de señoritas realizó una subasta de su obra pictórica: bodegones, paisajes, canastas de frutas sobre fondos sombríos y almibarados: se organizaron convites al respecto. Por su parte, el propietario del café del Arquillo puso a disposición de uno de los secretarios del Gran Círculo de Obreros el óleo de Francesca, aquel que había sido una de las obsesiones del poeta. En días recientes se suscitó un incidente al respecto: en un rincón del café, tres estudiantes se habían disputado el precio que merecería la obra. Algo salió mal y de un momento a otro se enfrascaron en una pelea de jalones y rodillazos. Nadie estaba con ninguno, los tres se pegaban lo mismo y con todo; arrastraron por el suelo azucareras, tazas de té, sillas y mesas estorbosas para esos menesteres.

Dio otra bocanada. Aunque el tabaco tenía una diezma de amargo, el humo le supo dulzón. Entonces: ¿no le habrían enterado de la idea de sustituir el ladrillo que quedó en un principio por este otro conjunto? Caminó en torno. La cruz de hierro se levantaba de entre un montón de piedras bañadas con una especie de laca o barniz barato, unidas todas en montículo por argamasa y pequeñas incrustaciones de tezontle. El herrero que había realizado el trabajo era bueno, pero su taller era pobre, sin duda. La cruz apenas sobrepasaba el metro de altura. Las piedras, aunque de buen tamaño, no debían ser más de una docena. No había más: la tapia, una laja de granito y marmolina. Le daba vueltas a las ideas cuando se percató que del centro de la cruz, oculto por un liacho de flores amarradas a la unión, colgaba un delicado rosario de cuentas de palo de rosa. Le llegó entonces un olor a cempasúchil de un ramo que sobresalía de un jarrón. No tendrían más de tres o cuatro días. Pensó en Laura. Pensó en Rosario, en su hermana Asunción; en la madre de ambas, que tantas simpatías sentía por Manuel. Fue soltando el crucifijo, dejándolo escurrir entre los dedos para concentrarse en el olor a cementerio. Cerró los ojos.

En eso escuchó un ruido a sus espaldas. Giró la cabeza con violencia. Los músculos del cuello resintieron el movimiento. Atrás de él, un trabajador del panteón se ocupaba de remover la hierba que comenzaba a juntarse por uno de los caminos alledaños. La torcedura en el cuello no lo dejó moverse. Aquella serie de pensamientos confusos no le habían permitido cumplir el propósito de la visita: hablar con el amigo, preguntarle cómo se encontraba, si se estaba bien allá del otro lado; articular el absurdo soliloquio que de común se dice cada vez que se visita a los muertos.

Tiró el cigarro. Giró su cuerpo por completo. Levantó la cabeza y se dirigió hacia el hombre que desyerbaba la senda:

—¿Le puedo servir en algo, joven? —dijo el hombre.

Juan de Dios, como animado por hilos invisibles.

—Sí —dijo con una palabra hueca mientras se tentaba con la palma de la mano los músculos del pescuezo.

—¿Le duele algo, joven? ¿Le puedo ayudar?

—Sí —respondió Juan de Dios entre pregunta y pregunta, de tal modo que el hombre aquel no supo cuál de las dos contestaba—. Quisiera saber... —prosiguió— si usted sabe... quién se ha encargado de colocar... —y señaló el herraje de la cruz.

—Oh, sí —entendió el panteonero—. Viene una mujer muy seguido. Una muchacha apenas. Viene y se queda ahí un rato. Esa cruz la puso ella. ¿Eso es lo que quiere saber?

Juan de Dios asintió con la cabeza. El dolor se le hincó en las vértebras. Aquella familiaridad con que hablaba el hombre le causó un escalofrío que le corrió por la espalda. Pensó en Laura.

—Soledad, se llama —agregó el hombre al ver que el otro no se animaba a decir nada—. He platicado varias veces con ella. Porque se queda hasta que acaba de arreglar sus flores. Yo mismo le ayudé a poner eso ahí. Ya sabe usted. Como necesitan agua. Y yo estoy aquí también para ayudar en eso. Cualquiera cosa. Algo. Es entonces que platicamos. Chole, le digo yo, porque se me hace más cortito... y a ella le gusta. ¿Es usted amigo del difunto?

Juan de Dios se quedó helado, con el índice ridículamente dirigido hacia la cruz de hierro y los ojos orbitando como los de un extraviado mental. El nombre que acaba de escuchar terminó de dejarlo seco. La quijada se le había caído involuntariamente.

—¿Le duele a usted algo? —volvió a preguntar el panteonero inclinado hacia Juan de Dios.

—¿Soledad, dice usted...?

—Sí. Así me ha dicho que se llama —respondió rápidamente el hombre—. Hace tres días estuvo aquí. No, cuatro. Casi para cerrar. Siempre viene temprano un sábado o un domingo. Pero ya ve usted. Uno nunca sabe a qué hora va a venir la gente a visitar a *la familia*.

“Soledad”, se repetía Juan de Dios. Al cabo de un rato pareció recuperarse.

—Y... ¿podría usted decirme cómo es esa Soledad?

Al hombre, la pregunta —o el tono— le pareció insolente. Entre los dos habría un trecho de treinta o cuarenta años. Aquel muchacho —eso era y nada más— no debería dirigirse a él de esa manera, ni preguntar así por una mujer, por muy cualquiera que fuera. “Esa” Soledad le había caído bien desde la primera vez. Y por otro lado, el jovencito “aquel” parecía ser quien no conociera a “esa Soledad”. Y por último, antes no había venido nadie más a la tumba aquella. Lo miró detenidamente. Habiendo medido bien las palabras, el hombre decidió darle una lección al muchacho: puso los ojos torvos, de reprobación, frunció el ceño y luego preguntó con aire seco:

—¿Quién es usted?

¿Quién era él? Juan de Dios estaba aturdido. El dolor se había instalado en un área uniforme entre el cuello y la espalda, obligándolo a retorcerse como un entelerido. ¿Quién era él? ¿Quién era él, que no había podido adivinar la desesperación del amigo; que no había podido estar en las tribulaciones del camarada; que no había podido hacer las preguntas necesarias en el momento preciso? ¿Quién, si no había podido evitar siquiera el saqueo a la habitación de Manuel? ¿Quién era él? ¿Quién, si no había podido llegar puntual a una cita con el compañero, la última? Sí, aquel hombre tenía razón. ¿Quién era él? El panteonero lo hizo volver en sí. Aunque de momento el sonido de las palabras no llegaba a sus oídos, como si se quedara a mitad del camino entre él y el hombre. Al fin contestó:

—Un amigo...

¿Un amigo? ¿Eso era en realidad? ¿Un amigo; cuando no había tenido el coraje de ir a avisarle de la muerte de su padre al ver la esquela en *La Linterna*; cuando lo había dejado solo aquella noche oscura? ¿Era eso? ¿Un amigo? Peza contestó mientras pensaba en Soledad.

Un amigo. Sí, un amigo. Sólo eso. No soy nadie. Soy el hijo de un teniente en el exilio. Soy Juan de Dios Peza. El hijo de un traidor a la patria. Tengo veintiún años. Soy uno de los tantos hijos de la capital. Soy nadie. Soy un dolor en la garganta. Soy un dolor de músculos en el pescuezo. ¿Quién soy, Soledad?

“Es ella”, pensó en tanto las palabras del panteonero iban quedando más claras. Soledad. Cayó en la cuenta de que en todo aquel tiempo, desde la muerte de Manuel, no había pensado en ella, y que tampoco la había visto en medio del patio de Medicina con su canasto de camisas sucias, ni en los alrededores o sentada en la fuente de la plaza de los evangelistas como otras muchas veces. Sí. Y ahora que aquel hombre la mencionaba, lo revisaba todo. La buscaba por todas partes. “¿Quién soy yo, Soledad?”

Recordaba haberla visto durante el cortejo, de eso estaba seguro. Soledad había caminado hasta el Campo Florido. Pero, por alguna razón, las imágenes no lograban instalarse del todo en el foco de la memoria. La vio un instante. Se fue. Estaba entre la gente, por la calle del Esclavo, al salir el cortejo de Santo Domingo. Llevaba un rebozo negro que la cubría de pies a cabeza, un rebozo rayado por el medio de hilos verdinegros, rojos bermellones, descubierto el rostro apenas. Las manos repasando las cuentas de un rosario, la boca murmurando. Quiso retenerla pero la imagen se perdió entre el gentío. La música de aquel día salió de aquí y de allá pulverizando el recuerdo. “¿Dónde estás, Soledad?, ¿quiénes somos?”

Pareció volver a verla más claramente, muy de cerca, sobre San Juan de Letrán. Tenía un ramillete de flores entre sus manos, la cabeza descubierta, el cabello tan desecho como el chal. Quiso buscar sus ojos, pero Soledad se perdió detrás del coche fúnebre. Después pudo verla entre los arcos de Salto del Agua: los ojos, negros, grandes. Quiso retenerla, pero Soledad desapareció entre los Arcos de Belén, mientras la caja de zinc era colocada en la carroza principal. Volvió a buscarla, pero sólo encontró el rostro de la anciana que acababa de ver en la esquina del mercado; ahí había perdido a Soledad. Luego todo volvió a nublarse.

Juan de Dios se derrumbó a los pies de la tumba de Manuel sin que los brazos del panteonero pudieran alcanzarlo. Cuando volvió en sí, el hombre lo sujetaba, dándole palmaditas en las mejillas, frotándole la nuca, abanicándole el rostro con un ramo de hojas.

—¡Joven! Joven. ¿Está usted bien? ¿Quiere que busque ayuda?
Juan de Dios abrió completamente los ojos. “No”, dijo moviendo la cabeza. Las ideas se habían ido. Se inclinó hasta quedar sentado. Pronto recordó dónde estaba y a qué había ido. El hombre lo soltó y salió corriendo por entre las tumbas. Juan de Dios se quedó ahí, recargado a los pies de un sepulcro, frente a la tumba de Manuel. La sangre volvió al cerebro, poco a poco. El viejo regresó con un jarro con agua.

—Beba un poco, sólo un poco...

Juan de Dios obedeció dócilmente. Se reprochó no haberse tomado el tiempo de lavarse en la pila de San Juan. Dio otro leve sorbo. El hombre siguió agitando el manajo de ramas. Juan de Dios recordó entonces que desde aquellos días de diciembre, tampoco había regresado a la habitación de Manuel.